

Presentación

La memoria interpela a múltiples disciplinas que, desde ángulos muy variados, procuran ceñirla. En la psicología, la filosofía, la historia social, la informática, la neurología y hasta en las ciencias de los materiales (dentro de la gama de materiales que los tecnólogos llaman “inteligentes”) hay cabida para un capítulo sobre ella. Cabe, empero, preguntarse si en todos esos casos se habla de lo mismo, si se trata del mismo concepto, y vale la pena preguntar con suspicacia si no es más bien una misma palabra que se aplica a fenómenos diversos. Para responder a los interrogantes, no se trata de reducir la diversidad para hacerla coincidir dentro de una concepción única instituida en norma y encuadrar todo uso de la palabra en una forma canónica, sea ésta proveniente de la psicología o de la informática, por no mencionar más que dos de las disciplinas más directa y totalmente involucradas: al examinar el concepto desde esa multiplicidad de puntos de vista, quizá no sea indispensable hablar de usos canónicos o divergentes, sino de un conjunto de usos agrupados bajo un aire de familia. Quizá también, a fuerza de cuestionar al concepto, se logre identificar ese parecido y las razones que le dan origen: identificar filiaciones pero también distanciamientos.

Estas razones bastarían para justificar un acercamiento semiótico a este tema, en la medida en que se cuestionaría a esas disciplinas en cuanto discursos y se examinaría el perfil de significación que se delinea bajo el uso de la figura de la memoria: qué dicen esos discursos cuando evocan esa figura, qué atributos

le asignan, en qué entramados la hacen intervenir y hasta qué punto esas tramas son comparables entre ellas. Pero también hay otra razón para interrogar semióticamente a la memoria, que consiste en indicar la importancia del tema en cualquier reflexión sobre el lenguaje y la significación. En tal caso, lo que es útil discutir es el o los modos de presencia de la memoria en el lenguaje y los cruces disciplinarios que son requeridos para abordar dicha presencia.

De entre todos los modos posibles, quiero aquí referirme a cuatro de ellos:

- memoria como metalenguaje
- memoria y enunciación
- memoria en el lenguaje
- la memoria referida por el lenguaje

El tema de la memoria ha sido poco desarrollado dentro de la teoría semiótica del lenguaje; indicio de ello es el lugar marginal que ocupa en *Semiótica, Diccionario de la teoría del lenguaje* de A. J. Greimas y J. Courtés, en donde la entrada correspondiente sólo aparece en el segundo tomo y remite básicamente a cierto modo de presencia de la memoria en el metalenguaje, específicamente dentro de la estructura elemental de la significación, para mostrar que sus relaciones constitutivas se encuentran cargadas de memoria. El ejemplo es clásico: en francés, cuando se refuta una negación (alguien dice que no y su interlocutor responde que sí), el término afirmativo no recurre al empleo de *oui*, sino de *si*: esa afirmación recuerda a la negación inicial que ella contradice.

De modo que, en la teoría, se considera que el lenguaje guarda traza de operaciones anteriores y este hecho no sólo es propio del funcionamiento de las estructuras elementales de la significación. Basta con señalar que la semiótica se plantea como la construcción de gramáticas, específicamente de gramáticas dependientes del contexto, en cuyo caso se apela a una suerte de memoria: la tarea sería elevarla al estatuto de término del metalenguaje. Sin pretender agotar el tema, tres instancias parecen cruciales en esta promoción: la estructura elemental ya referida, el recorrido generativo de la significación, y la persistencia de la identidad de los actantes.

En cuanto al primero, contamos con el ejemplo ya señalado. El segundo, pone en juego el problema de utilizar un modelo estratificado, como ocurre en la teoría estándar, en el que un nivel de análisis debe conservar las articulaciones de los niveles anteriores para someterlos a otras nuevas: la conversión de un nivel, dentro del recorrido generativo de la significación, en otro, supone conservar las articulaciones del sentido ya obtenidas. El tercero plantea la cuestión del modo en que un actante conserva su identidad, específicamente modal a lo largo de todo su recorrido narrativo; esta persistencia de la identidad da lugar a la siguiente constatación: si el recorrido de un sujeto surge a partir de una carencia, lo que eventualmente da lugar a la emergencia de un /querer/ ¿qué le sucede a dicha modalidad una vez que la carencia ha sido colmada? No ocurre lo mismo con otros estados modales (con mayor razón los estados pasionales o «inclinaciones del alma») que no desaparecen con la llegada de la satisfacción: por ejemplo, un /saber-hacer/. Claramente el sujeto recuerda u olvida (satisface) aspectos distintos de su propia identidad. Estos señalamientos son suficientes para indicar la necesidad de incluir un componente mnemónico en la teoría.

Otro tanto sucede con la identidad del sujeto de la enunciación, a la cual remite el artículo de Noé Jitrik que mencionaremos más adelante.

En cuanto al enunciado, la memoria se encuentra presente en hechos lingüísticos tales como el iterativo o la anáfora, por no mencionar más que dos de ellos. Cabe preguntarse sobre el primero si este tipo de repetición en el discurso tiene un valor estructurante tan fundamental como lo es la inversión de contenidos dentro de la teoría estándar. De ser así, el iterativo, así como el concepto de isotopía tendrían un lugar central en la teoría. Ahora bien, en su *Introduction à la sémiotique de l'observateur*, J. Fontanille ha señalado la necesidad de apelar a un acto de reconocimiento, responsabilidad del actante observador, de la figura que se repite para dar cuenta de la iteración. La identificación de ocurrencias plantea un problema de clasificación puesto que dos ocurrencias distintas nunca serán estrictamente idénticas: *A rose*

is a rose is a rose is a rose. De modo que este acto de reconocimiento de dos figuras como iteración una de otra da lugar a un juego entre la singularidad de la ocurrencia y su pertenencia a un mismo tipo.

La anáfora plantea un problema emparentado con el anterior en la medida en que una unidad dentro del discurso postula una relación de identidad con otra enunciada anteriormente, es decir, hay un efecto de persistencia y de memoria discursiva. Ahí tampoco es posible hablar de identidad estricta, por lo que es necesario mediar la variación que la anáfora introduce, en términos no de transformación sino de deformación: se podrá hablar, en consecuencia, de existencia singular en un momento dado en el discurso y de persistencia a lo largo del sintagma.

Por último, la memoria constituye una figura recurrente y productiva tanto en discursos ficcionales como no ficcionales. La mayoría de las contribuciones de los autores de este número de *Tópicos* desarrollan distintos temas alrededor de ella, sin que, evidentemente, sea posible pretender alcanzar la exhaustividad.

Roberto Pellerey aborda los fundamentos de la reflexión sobre la memoria en la antigüedad clásica, así como sus prolongaciones en el pensamiento medieval que tanto han marcado el desarrollo de la ciencia en Occidente y que ofrecen algunos puntos de contacto con las reflexiones actuales sobre el tema.

La primera referencia mencionada por Pellerey es Aristóteles, quien aborda la memoria desde la perspectiva de lo que ahora llamamos teoría del conocimiento. La memoria es ahí vista como una facultad del alma que, sobre la base del hilemorfismo, permite incorporar las percepciones actuales en un conocimiento intelectual universal. Pellerey comenta que esa incorporación puede ser vista como la elaboración progresiva de un signo que pasa a través de un recorrido cognoscitivo. Desde la percepción de las cualidades materiales de lo real hasta la constitución de conceptos abstractos, este recorrido es naturalmente verdadero (produce conocimientos verdaderos) y, en él, la memoria juega el papel de depósito en el cual se conservan las ideas generales,

abstractas y universales que permiten la identificación de los objetos individuales y singulares que percibimos.

Dentro del mundo latino, la memoria es presentada como parte de la retórica. Es una competencia organizativa del orador que puede ser desarrollada y ejercitada para constituir una memoria artificial. Esta memoria se convierte en técnica y en depósito de argumentos e imágenes disponibles para el ejercicio del discurso: memoria que forma parte de la competencia enunciativa. Quintiliano y Cicerón son los autores evocados a propósito de esta memoria artificial cuyo modo de proceder ha sido reseñado en las obras ampliamente conocidas de Paolo Rossi y Frances Yates. Al igual que la memoria como parte del conocimiento es susceptible de ser vista como un recorrido de significación, el recurso a la mnemotecnia puede ser visto también como el establecimiento de una sintaxis figurativa sustituyente de lo que se requiere recordar: los latinos preconizaron el empleo de imágenes y de lugares comunes como parte de las técnicas de memorización y recordación, que remiten en semiótica al establecimiento de una sintaxis y una semántica de carácter figurativo. En tal caso se plantea el problema de la selección de rasgos semejantes, lo que nos remite en la actualidad al problema de la constitución de *types* a partir de *tokens* y al reconocimiento de formas esquemáticas. Estamos aquí frente a una memoria de tipo procesual que requiere establecer un recorrido mnemónico, y no frente a una memoria-depósito de formas universales. Pellerey aborda esta productividad, este potencial generativo, en términos del establecimiento de una cadena de interpretantes dentro de un proceso profundamente semiótico, con lo que queda al descubierto la actualidad del pensamiento antiguo sobre la memoria.

En su denso artículo sobre la obra de Bergson, *Materia y memoria*, Rodolfo Santander analiza las reflexiones del filósofo de la duración a partir de un entramado conceptual que busca dilucidar el papel de la memoria en el establecimiento de representaciones mentales del mundo por parte del sujeto.

Contra el empirismo y la psicología de su tiempo —atomista, asociacionista y composicionalista: términos familiares a todo estudioso del lenguaje, puesto que igual caracterizan a algunas corrientes dominantes en la lingüística actual—, que plantean la dificultad de construir representaciones mentales a partir de sensaciones dispersas, Bergson —como Santander subraya— parte de una realidad percibida como una totalidad continua. Es así que la memoria y la atención consciente se ven llevadas a jugar un papel central en la inhibición y selección de elementos de la realidad presente al sujeto en su percepción.

De hecho, la actualidad de ese filósofo se plantea como una lucha, todavía vigente, «contra los excesos de la teoría de las localizaciones cerebrales» y las pretensiones de encontrar asideiros orgánicos a la memoria: esta lucha ha dado lugar a obras recientes. En *L'invention de la mémoire* (1988), I. Rosenfield ha reseñado investigaciones que defienden una teoría contextual, no estrictamente localizacionista, de las funciones cerebrales.

La memoria, en Bergson, mantiene con la percepción una diferencia de naturaleza y no de grado. Esa diferencia estriba en el hecho de que la memoria no debe ser limitada a una impronta material en el cerebro —limitación muy tentadora para quienes hacen analogías entre cerebro y computadora. La memoria no es una recreación de una percepción pasada, sino un acto de construcción. Bergson establece una distinción —ahora clásica— entre dos tipos de memoria: la memoria-hábito, que supone un “recordar como” (andar en bicicleta, por ejemplo) y la memoria pura o “recordar que” (re-presentación).

Santander pone especial cuidado en referirnos el minucioso trabajo de decantación conceptual, que realiza Bergson, de las problemáticas involucradas en la memoria y que el filósofo francés orienta hacia una distinción entre cuerpo y espíritu. Es así que la memoria entra en relación con el cuerpo a través de los vínculos que establece con la percepción y el movimiento, lo que da lugar a distintas formas de reconocimiento y al papel central de la atención en la constitución de los recuerdos. Esta pre-

sentación termina con el cuestionamiento que hace Bergson a la noción misma de temporalidad: el postulado de que el presente tiene una duración, de que no es un mero instante es una idea que en las ciencias cognitivas se debate actualmente (frente a la hipótesis localizacionista de que el presente es un mero punto de referencia fugaz y siempre aplazado); asimismo, subraya la continuidad del tiempo en la medida en que el acceso al pasado supone una orientación al futuro, y la defensa de la existencia virtual del pasado afecta al presente y al futuro.

Obviamente, la vigencia de la obra de Bergson reside, más que en los datos experimentales en los que se apoya, en la necesidad de ponernos en guardia frente a ciertos reduccionismos apresurados y en la defensa de la complejidad de mecanismos que la memoria pone en juego.

Pero, además de ser un concepto inscrito profundamente en el pensamiento filosófico occidental, no es posible olvidar que *memoria* también es una palabra de nuestra lengua, a la que los hablantes recurrimos cotidianamente sin pensar en su densidad histórica. El artículo de Roberto Flores aborda el campo semántico de la memoria: a partir de un examen de algunos lexemas que componen dicho campo, confronta las definiciones que de ellos se da en el *Diccionario del uso del español* de María Moliner, para reconstruir nueve sememas que, haciendo caso omiso de las inevitables redundancias y simplificaciones propias de ese tipo de discurso, subyacen a las definiciones ahí consignadas. De estos sememas, se extrae una serie de rasgos semánticos cruciales para la comprensión del campo semántico y del archilexema *memoria*. En la segunda mitad del artículo, los sememas y los semas detectados permiten elaborar un árbol de presuposiciones sintagmáticas para establecer un recorrido divergente que va de la memoria al olvido o al recuerdo, recorrido que es posteriormente examinado a la luz de los rasgos aspectuales presentes tanto en la noción de tipo de sucesos, como de operadores adverbiales de valor aspectual. Con ello, el autor presenta el tema de la memoria como un recorrido que hace inminente a todo recuerdo.

En su contribución, Noé Jitrik aborda el tema de la memoria desde la perspectiva de la enunciación y del saber sobre el ser, que se encuentra en la base de la competencia enunciativa. La enunciación de un saber previo pone en juego una experiencia del tiempo —la enunciación convoca las experiencias pasadas bajo la forma de ese saber— que llamamos memoria.

Al examinar con más detalle ese fundamento cognitivo de la enunciación, Jitrik señala una forma pasiva y una activa de la memoria, cuya alteración depende, en el primer caso, de la voluntad de recuerdo y de olvido y, en el segundo, de la voluntad de modificar la memoria. Estamos frente a dos modalidades del /querer-hacer/ del sujeto enunciativo que remiten a las inevitables preguntas acerca de la posibilidad del recuerdo tanto como la del olvido y de los límites del /poder-recordar/ tanto como del /poder-olvidar/. Por una parte, se trata de desentrañar la condición paradójica de la memoria, que conduce a postular que no es posible un recuerdo fiel porque éste siempre es cambiante, pero que tampoco es posible el olvido total. No obstante, por la otra, me parece que la reflexión del autor lleva a concebir la memoria como fundamento de toda referencialidad de los actos enunciativos: es ella la que permite remitirnos al mundo, más que una referencia instantánea a un aspecto fugaz y específico del mundo. Todo acto puntual de referencia es, simultáneamente, referencia al mundo y se apoya, por lo tanto, en un recuerdo abarcador, en la historia de las experiencias del sujeto. Como consecuencia, y dado que la memoria es cambiante —se ve sujeta a una alteración, activa o pasiva—, todo acto de referencia pierde su precisión y se torna también mudable.

Silvana Rabinovich examina la memoria desde la perspectiva de la ética o, más bien, de la justicia, porque, tanto la culpa o la responsabilidad de quien es juzgado (la autora habla de la “vergüenza”), como el deber de quien juzga, se encuentran indeleblemente marcados por un deber de memoria; un deber que, en ese último caso, es el de una figura marcada por la ceguera. Más que hablar de la justicia como impuesta desde fuera, la autora la

presenta como ajena, a través de las paráfrasis de la heteronomía ética tales como “otro modo que la ley” y “fuera de ley, más que ley del afuera”. Con ello, subraya el deber de justicia como un deber de memoria que atraviesa toda la temporalidad puesto que también se orienta al futuro y, siguiendo a Benjamin, va hacia un tiempo mesiánico ajeno a la historicidad, hecho que la autora resume en una fórmula sugerente: “la memoria como línea de fuga alude al imperativo de perseguir la justicia... pero hacia atrás”.

Además de esta gama de temáticas, como decíamos al comienzo, la memoria constituye un tema de reflexión para diversas disciplinas que van desde las ciencias cognitivas a la informática e, incluso, las ciencias de los materiales. Vemos, pues, que en diversos campos, la memoria juega un papel central que debe ser confrontado para cuestionarnos si estamos frente a un único concepto. No obstante, sólo la multiplicación de reflexiones como las históricas, lexicográficas, semióticas y filosóficas podrán aportar las precisiones requeridas: el presente número de *Tópicos* pretende incitar a emprender el camino.

Roberto Flores